

# La Comuna

*Revista teórica y política del PRT  
Partido Revolucionario de los Trabajadores*



**N° 126** ★ Agosto de 2023  
Precio de Tapa: \$ 400



**ANTICOMUNISMO: BANDERA POLÍTICA  
E IDEOLÓGICA DE LA BURGUESÍA**

**REFLEXIONES SOBRE DIALÉCTICA**

**LAS CONDICIONES PSÍQUICAS  
Y LA LUCHA DE CLASES EN LA ÉPOCA ACTUAL**

# Editorial

**E**ste nuevo número de **La Comuna** aparece en el medio de una campaña electoral que comenzó en el mes de agosto y culminará en octubre o noviembre.

Campaña sustentada en candidatos que son promovidos por tal o cual medio del sistema, por tal o cual facción de la burguesía, llenas de consignas, "reflexiones" o gritos, en donde nada de fondo se discute, nada de fondo se analiza y mucho menos se habla de "propuestas de país".

El debate político está ausente y el debate ideológico más aún, totalmente tergiversado, en un marco en donde cualquiera dice cualquier cosa con tal de posicionarse un poquito mejor electoralmente o cazar algún votito más. Una verdadera vergüenza que pinta de cuerpo entero a todo este circo electoral de la democracia burguesa. "Cambiar para que nada cambie" mientras las necesidades del pueblo oprimido siguen quedando en el cajón de los recuerdos y de lo que se trata es de continuar garantizando los negocios y ganancias de unos pocos monopolios que se la siguen llevando en pala.

Por eso decimos que la verdadera disputa no está en estas urnas, sino que está en la lucha de clases. Por eso ahora nos van a querer llevar a una nueva encerrona electoral, mientras profundizan la destrucción de nuestras condiciones de vida.

Organizarnos y luchar desde nuestros puestos de trabajo para enfrentar al capital, para combatir el aumento de los ritmos de producción que nos quieren imponer; para luchar contra las horas extra obligatorias; para luchar por un salario igual a la Canasta Familiar; para luchar contra la represión política en los lugares de trabajo y en la calle son las tareas que debemos llevar adelante,

En este contexto nuestro Partido sigue considerando que el debate ideológico y político sobre diversos fenómenos que nos afectan como hombres y mujeres de un mundo atravesado por una nueva crisis del capitalismo a nivel global, sigue siendo prioritario a la hora de avanzar en la conciencia y la acción de la clase obrera y los sectores del pueblo oprimido.

Este mes incluimos en nuestra revista tres artículos: el primero desnuda el por qué **el anticomunismo** es hoy la bandera política e ideológica de la burguesía; el segundo presenta algunas reflexiones sobre una de las leyes fundamentales de la dialéctica que es **la ley del tránsito de los cambios cuantitativos a los saltos cualitativos**; y en tercer lugar presentamos un muy interesante análisis sobre **las condiciones psíquicas y la lucha de clases** en la época actual. ★

1976 - M.R.SANTUCHO - 2023



PARTIDO REVOLUCIONARIO  
DE LOS TRABAJADORES  
[www.prtarg.com.ar](http://www.prtarg.com.ar)

## La Comuna

Revista teórica y política del PRT

### Partido Revolucionario de los Trabajadores

Publicación cuatrimestral. Año XXII

[www.prtarg.com.ar](http://www.prtarg.com.ar)

[prtarg.com.ar](http://prtarg.com.ar)

visita  
nuestra  
nueva  
página  
web



# ANTICOMUNISMO: BANDERA POLÍTICA E IDEOLÓGICA DE LA BURGUESÍA

*El mundo entero asiste a una profunda crisis estructural del capitalismo que se expresa en el recrudecimiento de la lucha de clases en todas las latitudes, la cual actúa, a la vez, como profundizadora de su crisis integral.*

## 1. UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

Multiplicación de guerras, hambrunas, expulsión de millones de seres humanos de sus lugares, concentración de la riqueza y expansión de la pobreza, renacimiento y multiplicación de enfermedades que habían sido erradicadas, exterminio de fauna, vida vegetal y oceánica, contaminaciones varias, calentamiento global, es lo que se vive en el mundo globalizado por el capitalismo en su fase imperialista, lo cual muestra la decadencia total del sistema.

Cada medida política o económica con la que la burguesía mundial intenta resolver problemas, producen el efecto contrario porque al tapar una fuente de pudrición destapa otra que agrede con mayor cantidad de excrecencias a la humanidad.

A través de los medios masivos leemos o escuchamos a personajes de distintos gobiernos y periodistas o comentaristas “especializados”, que la crisis se soluciona con decisiones políticas consensuadas y medidas económicas decididas a partir de dichos consensos.

¿Es que puede acaso, la burguesía, resolver por medio de controles y decisiones políticas y/o económicas que impone a través de leyes parlamentarias o decretos gubernamentales las contradicciones de un sistema basado en decisiones individuales que apuntan a la obtención de la mayor ganancia particular?

Si la base del funcionamiento del sistema son las decisiones individuales que toman a diario los dueños particulares del capital sobre lo que se produce, para qué o quiénes se produce y cómo se producen y distribuyen los medios de vida (incluidos los medios de producción) es imposible aplicar regulaciones que involucren a toda la sociedad en el ordenamiento del caos inicial basado en planificaciones individuales con base en la mayor ganancia, sencillamente.

Porque estas decisiones particulares se entrecruzan y antagonizan con otras que actúan con el mismo, mayor o menor vigor sobre un común escenario: el mercado, ya sea éste local o mundial (los efectos son igualmente perniciosos para ambos y todos son perjudiciales para la vida).

4 Precisamente esta competencia a muerte basada en la apropiación individual del fruto producido por el trabajo efectuado socialmente por obreros y trabajadores en general, es la que genera conflictos, aranceles protectores en contra del ingreso de productos "foráneos" (en una época en que diversos componentes de una misma mercancía se producen en distintas partes del mundo), concentración de la riqueza, distribución masiva de la pobreza y guerras encarnizadas por territorios, mercados, y fuentes de materias primas, etc.

Pero todo sistema de producción es, a la vez, sistema de reproducción humana y, en consecuencia, actúa sobre los seres humanos que componen las clases sociales que se desempeñan en su seno y viceversa.

En este caso, por un lado, la clase de los propietarios individuales (entiéndase individuos físicos o personas jurídicas -empresas) del capital y, por el otro, la masa mayoritaria de la sociedad compuesta por los proletarios quienes no tienen medios de vida propios y, en consecuencia, se ven obligados a vivir bajo las órdenes y explotación de los propietarios (la burguesía).

La vida humana y las distintas sociedades son productos históricos y tienen sus leyes materiales. Esto quiere decir que hay un camino lógico que recorre de acuerdo a esas leyes fuera de la conciencia de los seres humanos.

En virtud de ello y de que dicho camino no tiene límite más que la existencia propia del ser humano, es que el capitalismo no es el fin del trayecto. El curso histórico no se detiene y la vida tampoco. Por ello cada sistema de producción y reproducción del ser humano ha tenido principio, desarrollo y fin.

Lo dicho en el párrafo anterior constituye el descubrimiento científico de Marx y Engels.

La dirección de ese curso histórico apunta a la resolución de la contradicción fundamental entre la apropiación privada burguesa (es decir, los no productores o parásitos) de la producción social que efectúa el proletariado (es decir los productores) en una nueva síntesis histórica en la que el producto social sea apropiado socialmente por sus productores.

Ese paso inexorable no es producto de un plan ni de la mente de ningún teórico sino una tendencia del curso histórico que, más tarde o más temprano, desembocará en esa nueva sociedad comunista. Una sociedad basada en la resolución de la contradicción aludida en la que la producción de carácter social, surgida y cada vez más generalizada en este sistema, sea apropiada también socialmente que es lo que no permite la propiedad privada de los medios de producción. Al apropiarse socialmente los trabajadores o productores de todo lo existente de dicha producción social, se podrá planificar y dirigir la producción de tal manera que no se produzca ni más ni menos que lo que se requiere para satisfacer las necesidades de vida de la población, acumular un fondo de reserva por posibles contingencias y destinar una parte del producto para desarrollo y avance social. Siendo los productores a la vez apropiadores, no existirán más clases sociales ni explotación. La resolución histórica de esa contradicción, devolverá así el fruto del producto social a sus verdaderos productores, dado lo cual ya no va a existir el trabajo bajo patrón.

## 2. EL SOCIALISMO

Por esas razones es que el proletariado como clase productora es la clase revolucionaria capaz de echarse al hombro la responsabilidad de liberar a toda la sociedad del yugo de la explotación capitalista.

Es la clase que debe encontrar, mediante la lucha por una vida mejor, los rumbos que la conduzcan a su destino histórico.

Para ello debe constituirse y reconocerse como clase antagonica a la burguesía, transitar la lucha en contra del poder burgués que pretende frenar el curso histórico, madurar en la práctica del enfrentamiento hasta tomar conciencia de su papel histórico transformándose en clase para sí, es decir, resolver con sus manos y su inteligencia el freno impuesto por la burguesía que no permite el desarrollo de la fuerza productiva social en su plenitud y, por lo tanto, del ser humano.

Repetimos, como en tantos escritos lo hemos hecho, que para ese fin, el proletariado necesita una organización nacional que planifique los golpes a la burguesía, la oportunidad de darlos, las fuerzas que deberá invertir para asestarlos, las redes de unidad de clase y con otros sectores oprimidos que le permitan acumular las fuerzas

suficientes para derrotar a la clase reaccionaria, impulsar las mejores vías para tomar el poder y sostenerlo ante posibles intentos de contraataque por parte de la burguesía derrotada. Esa organización es el Partido Revolucionario que debemos robustecer. La Clase obrera debe contar con un partido de clase para poder dirigir el camino revolucionario y organizaciones políticas de masas que hagan posible tomar el poder.

La utilización de la fuerza por parte del proletariado en el poder implica la creación de un nuevo Estado que deberá erigirse sobre las ruinas del Estado capitalista. El ejercicio del poder de la mayoría proletaria contra la minoría burguesa hasta la extinción de las clases sociales y de la división que ésta implica en la sociedad irá educando a todos los integrantes de la misma en el ejercicio del trabajo social y el disfrute social de su producto hasta la extinción de toda diferencia de clases.

Ese tránsito entre el capitalismo y el comunismo es lo que se ha denominado socialismo.

Lo expuesto anteriormente, nos permite afirmar claramente que, hasta la fecha, en el mundo, no ha existido comunismo. Sí ha habido experiencias socialistas.

Aunque muchas de ellas hayan sido derrotadas, han demostrado que es posible conquistar ese puente social entre el capitalismo y el comunismo.

El punto en el cual nos encontramos en esta realidad mundial es, precisamente, el fracaso evidente del sostenimiento del sistema capitalista envejecido, putrefacto y maloliente por parte de la burguesía que, mediante la fuerza y la violencia, pretende frenar la rueda de la historia para conservar sus privilegios de enriquecimiento sin trabajar, lo cual trae como contrapartida el empobrecimiento de las enormes mayorías de la población laboriosa y de los excluidos del sistema, pues cada avance en la ciencia y la tecnología aplicada, cada nuevo descubrimiento, debido a la propiedad privada, se convierte en un cepo mayor para los trabajadores en vez de constituir elementos de disfrute y desarrollo.

La burguesía no sostiene su sistema capitalista sólo peleando contra el proletariado y sectores populares sino también contra su propia clase en donde los sectores más concentrados desplazan y empobrecen a los menos poderosos.

Cada burgués o grupo de burgueses 5 aliados se enfrenta con sus competidores a quienes ve como enemigos tratando de desplazarlos y eliminarlos. En esta disputa los mayores perjudicados son los trabajadores y pueblo oprimido quienes sufren las enormes crisis que el sistema provoca, guerras y todos los males anteriormente descritos.

Ahora, cuando los oprimidos se rebelan ante la pobreza, la explotación y las condiciones de vida que les obligan a vivir, la burguesía como clase se une y deja sus diferencias de lado para enfrentar a los proletarios y sectores populares quienes son los generadores de las riquezas que ellos disputan.

Bajo supuestos intereses humanitarios, causas justas, defensa de la democracia y otros argumentos cínicos, encubren sus ansias competitivas y guerreristas. Nos hablan de paz solo cuando los rebeldes obreros y pueblos sufridos se alzan en contra de su sistema, a la vez que justifican las guerras internacionales y de ocupación de poblaciones en nombre de la seguridad nacional de tal o cual país o grupo de países cuando, en realidad, se trata de guerras de rapiña o inter imperialistas.

El capitalismo es guerrerista por naturaleza en este momento histórico que es el período imperialista.

### **3. EL ANTICOMUNISMO**

En el mundo, y particularmente en nuestro país, en un intento desesperado por sostener su sistema, la burguesía no pierde ocasión en hacer campaña anticomunista y, para ello, utiliza cualquier motivo, causa o circunstancia.

Y esto se debe a que, si bien la competencia entre los monopolios imperialistas que ejecutan sus dueños capitalistas es a muerte, saben que esas son las reglas del juego en el mundo construido a imagen y semejanza de la clase burguesa. Impera la ley del más fuerte sobre la base del capital y las armas.

Pero saben que la lucha que emprenden los proletarios y pueblos rebeldes hace peligrar la permanencia y continuidad del sistema capitalista.

En consecuencia, tanto en la propaganda, como en la educación, los medios masivos y los conceptos esparcidos a través del sentido común imperante afirman y reafirman el peligro comunista.

6 Como antídoto, utilizan la degradación de sus fundamentos históricos científicos y la reducción de los mismos a fórmulas absurdas tales como que el comunismo atenta contra la individualidad, que es la sociedad regida por las decisiones de un partido político único formado por jerarcas que se imponen por la fuerza, que en el comunismo “no hay democracia” y por lo tanto es dictatorial.

En los años '60 y '70, los medios y propaladores del sostenimiento del sistema capitalista de nuestro país, llegaron a decir que los niños de dos años eran sustraídos de sus familias por el “Estado Comunista” para llevarlos a institutos en donde adoctrinar a las personas desde la niñez.

Lo absurdo de esto es que hablan de un Estado Comunista cuando la transición del capitalismo a esa sociedad, el Estado socialista, constituye el último Estado que existirá en la sociedad, ya que al extinguirse las clases sociales también se extinguirá éste que es una herramienta con diversas instituciones represivas que actúa sobre los conflictos de clase para asegurar la continuidad del sistema en contra de quienes se rebelan contra él. En el capitalismo actúa contra las mayorías proletarias y populares y en el socialismo contra las minorías burguesas.

Desde la propuesta burguesa del populismo hemos escuchado en nuestro país que, entre otros, la vice presidenta Cristina Fernández de Kirchner afirma que ella es capitalista, que debemos mejorar con justicia social y soberanía el capitalismo argentino y que lo de las esperanzas comunistas han muerto con la caída del muro de Berlín. Otros, como Perón, han planteado que hay que hacer una distribución “justa” de los ingresos, la cual él llamo “fifty fifty” (50% y 50%). Otros han afirmado que si todos trabajamos con ahínco y sacrificio podríamos alcanzar el nivel de riqueza soñado. En suma, convertirnos todos en burgueses. Si fuera así, ¿quién sería el proletario generador de todas los bienes y servicios? ¡Ridículo de toda ridiculez!

Nadie, habiéndose detenido a analizar seriamente los planteos mencionados podría ver en ellos sustentación en una posible realidad.

El anticomunismo se intenta poner como escudo para defender el capitalismo con su secuela inevitable de destrucción. A contrapelo de lo dicho por Cristina, el capitalismo es im-

posible mejorarlo, por el contrario, la desigualdad social se profundiza y generaliza empeorándolo cada vez más por lo argumentado en nuestra introducción lo cual se ha demostrado cabalmente por la experiencia que venimos practicando desde hace casi siglo y medio en el mundo y en nuestro país.

Lo de Perón es ridículo e igualmente “injusto”. Si una minoría parasitaria, cual es la burguesía, toma el 50% de lo producido y condena a la mayoría absoluta que produce y trabaja todos los días al otro 50%, se genera un conflicto irreconciliable, fuente de desigualdad que lo hace retrógrado e inviable.

Pero además es irreal y mentiroso ya que el burgués con su título de propiedad y la legislación que lo ampara en sus manos es dueño de la producción y del capital ampliado con ella, mientras que al proletario sólo se le asigna el salario que se le paga según dicha legislación y se degrada en el tiempo ya que su tarea frente al desarrollo de la ciencia y de la técnica aplicada en nuevas maquinarias le hace perder valor. En suma, nunca se llegaría a ese fifty fifty y, menos aún, a la igualdad social tan predicada.

Por su parte, quienes desde las concepciones “liberales”, que son todas cuestionadas por la propia maquinaria capitalista en su fase imperialista, nos hablan y adoctrinan con la libertad de mercado y que el Estado no tiene que meterse en los negocios, son igualmente mentirosos y rematadamente ridículos, pues si fuera tal como ellos dicen, no existirían subsidios a las empresas que ellos mismo solicitan al Estado, no habría aranceles, deberían aceptar la lucha de la clase proletaria como parte del libre juego de oferta y demanda de quienes producen y pretenden quedarse con lo que producen, etc.

La única libertad que representan, como las otras corrientes políticas burguesas, es la de súper explotación del trabajo asalariado. Pero taimadamente, sobre esa verborragia libertaria, asientan su crítica y denuestos al comunismo que suponen represor de la libertad.

Así como el conocimiento de la realidad nos hace libres porque a partir de él podemos modificarla, saber científicamente el sentido histórico que tiene la sociedad, permite a los seres humanos planificar y transitar el andar social a través del sendero marcado e impuestos por esa tendencia histórica.

Pero, como la historia se va tejiendo a partir del modo en que los seres humanos se asocian para producir y reproducirse, y entonces las clases se conforman según el papel que a las mismas le toca en ese modo de producción, la clase obrera de la sociedad capitalista es la que tiene en sus manos la responsabilidad de ese papel en la resolución de la síntesis de la contradicción polar dada entre la producción social y la apropiación individual que se refleja en la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado.

La teoría científica del comunismo (y no hablamos del Partido Comunista que ha desbarancado hace décadas hacia el peor seguidismo burgués) asienta sus reales sobre el papel protagonista del proletariado que conducirá el proceso de liberación de nuestro país y de toda la humanidad. Es ésta la clase capaz de dirigir el proceso revolucionario que nos lleve a ese fin.

Lo absurdo de las concepciones y justificativos burgueses para el sostenimiento del capitalismo sólo puede justificarse desde la vehemencia anticomunista burguesa la cual practican como defensa del sistema que les permite vivir de sus privilegios y aumentar sus capitales a costa del trabajo ajeno ejercidos por las masas proletarias.

El anticomunismo arrecia en momentos de crisis, dado lo cual es de prever que, en medio de esta crisis que ya es estructural, aflore con más intensidad.

Todo le servirá a la burguesía que se empeña y se empeñará más aún en dar vuelta las cosas para convencer que la realidad crítica que estamos transitando es posible superarla en los marcos del capitalismo a favor de las mayorías proletarias y populares. Van a intentar, como ya lo hacen algunos, exacerbar la defensa de una supuesta nacionalidad amenazada por fuerzas extranjeras terroristas e infiltrados que desean apoderarse del país. Mientras que la clase burguesa, a través de los monopolios financieros se adueña de todo lo existente para beneficio propio mientras destruye las vidas de las mayorías laboriosas y pone en peligro al mundo. ¡Qué ejemplar defensa de lo nacional!

Crecerá la virulencia burguesa afirmando que defienden la democracia luchando en contra de la desestabilización del sistema por parte del comunismo dictatorial haciendo sinónimo de esa desestabilización el perjuicio de los trabajadores y el pueblo, cuando en nues-

tro cuero experimentamos que su democracia formal basada en actos electorales entre candidatos elegidos a dedo, fieles al sector burgués que los ha apoyado en la conquista y sostenimiento de sus cargos, es en realidad la imposición de la voluntad de esas minorías parasitarias que condenan al proletariado y pueblo oprimidos a una vida indigna con la promesa que en la próxima elección se podrá elegir a mejores gobernantes, claro está, surgidos entre las filas de la propia clase opresora.

Pero, además de esto, hay un anticomunismo más sutil ejercido por las concepciones sostenidas por una “izquierda” abonada y defensora del sistema capitalista, aunque se exprese como crítica del mismo.

Esta “izquierda” propone ganar espacios en el parlamento y en los niveles gubernamentales a fin de ir reformando a favor del pueblo, mediante leyes “más justas”, su situación de vida. Y esto pretende hacerlo legalmente (es decir respetando las leyes burguesas que sostienen el sistema capitalista), sin atacar a las relaciones de producción existentes sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción que permiten trabajar y vivir.

¿Cómo ven posible (o intentan hacernos creer) que las mayorías proletarias y laboriosas mejoren sus vidas y tengan un futuro venturoso cuando todos los medios para producir cualquier cosa o servicio son de propiedad de la clase burguesa? Lo que propone esta “izquierda” institucionalizada del sistema no es menos ridículo que lo que escuchamos de cualquier sector burgués.

Otro sector igualmente detestable de la “izquierda” del sistema propone una lucha en contra del imperialismo, pero sin lesionar los intereses, por el contrario, apoyando a una supuesta burguesía nacional.

A estos los veremos siempre de la mano del populismo ayudando a sostener el capitalismo. Lo más significativo es que cuando las masas proletarias y populares se rebelan y luchan con todas las armas a su alcance (aunque éstas en un principio sean palos y piedras), son los primeros en denunciar la violencia y afirmar que quienes la ejercen son “infiltrados” que no respetan la legalidad... Los mismos infiltrados ilegales a los que aluden liberales y populistas que dicen defender el “ser nacional” en contra del comunismo. ★

# REFLEXIONES SOBRE DIALÉCTICA

*La dialéctica es la ciencia de las leyes más generales del movimiento. El movimiento es intrínseco a la materia; no hay materia sin movimiento ni movimiento sin materia. De allí que para los marxistas nada es eterno, inmutable, sino que está expuesto a un movimiento constante. El movimiento es lo único permanente y entonces es preciso estudiarlo para entender los cambios en la materia misma.*

La concepción materialista dialéctica es la que utilizamos para analizar los fenómenos naturales y los sociales, dado que existe una interconexión entre los mismos. Entonces, los procesos políticos y sociales serán comprendidos desde esa perspectiva, desde esa lógica, antagónica a las concepciones idealistas que explican todo desde la intervención de “fuerzas sobrenaturales” y ponen allí toda expectativa de vida. Las cosas son como son, nos dicen, y ya mejorarán si creemos en algún poder que intervendrá mágicamente sobre las mismas.

Una de las leyes fundamentales de la dialéctica es la ley del tránsito de los cambios cuantitativos a los saltos cualitativos. Esta ley se fundamenta, precisamente, en comprender y analizar el movimiento constante de la materia, los cambios que se generan en ellas producto de ese movimiento y cómo, a partir de una acumulación de cambios cuantitativos se logran saltos cualitativos, es decir un cambio en la calidad de la materia que deja de ser lo que era para transformarse en algo cualitativamente diferente.

Cantidad y calidad, entonces, son una unidad dialéctica. Esto quiere decir que una no podría existir sin la otra. Para que un objeto o una situación particular cambie cualitativamente necesita de la acumulación de los cambios cuantitativos; al mismo tiempo, éstos últimos son indispensables para determinar que dicha cantidad se transforma, en un determinado momento, en una calidad distinta. Por ello cantidad y calidad son un todo único, son partes o aspectos de un mismo objeto, aunque se manifiesten de forma diferente.

Esta introducción apunta a analizar algunos aspectos de la lucha de clases actual. Como sabemos, atravesamos una etapa de resistencia. Una etapa de recomposición de las capacidades y la consciencia de la clase obrera luego de más de cuarenta años de triunfo ideológico de la burguesía monopolista a nivel mundial.

En nuestro país ese triunfo se manifestó en la pérdida por parte de la clase de vanguardia de toda una práctica organizativa y política que tuviera como característica su independencia de clase en relación a la clase enemiga. La burguesía y toda su institucionalidad tiñeron por completo de su ideología y su política a la clase obrera, la “desclasaron”, la convencieron de ser “clase media” y no proletariado obligado a vender su fuerza de trabajo como único medio para sobrevivir.

En este proceso que, volviendo al principio, está en movimiento constante, las dificultades para la introducción de las ideas de cambio revolucionario y para la organización independiente son notorias y palpables en la práctica concreta. De allí que a veces cunda el desánimo, el desaliento, ante la falta de avances concretos, ante la “falta de cambios”. En esas circunstancias la teoría nos da los fundamentos para entender el proceso y para confirmar las tareas indispensables en cada etapa determinada de la lucha de clases.

**Tomemos la etapa de resistencia que atravesamos como el objeto a estudiar.**

En ese proceso de resistencia se producen, objetivamente, más allá de la voluntad de los seres humanos, cambios. Cambios imperceptibles muchas veces, pero cambios al fin.

En una sección de una empresa comienzan a notarse reacciones diferentes respecto de las exigencias de la empresa, las que hasta ayer eran soportadas sin reacción alguna. Eso empieza a contagiar a otros trabajadores y trabajadoras, comienzan a generarse debates sobre cómo pasar de la reacción individual a la colectiva, etc.

Esos son cambios objetivos; aun no implican un cambio cualitativo, por ejemplo, un salto en la organización independiente, pero son cambios que se van acumulando en la práctica concreta y, en consecuencia, en la consciencia, teniendo en cuenta que la misma se genera a partir de la práctica social y no al revés.



Este ejemplo pequeño puede trasladarse al proceso general.

Decíamos que la clase obrera viene de una derrota ideológica que le propinó la burguesía. Sin embargo, las condiciones de explotación y opresión crecientes, las dificultades para afrontar la vida cotidiana, producen un movimiento de luchas que ponen por delante reclamos de los más diversos, pero que hasta hace un tiempo no se producían.

Analizada esa realidad llegamos a la conclusión que en esta etapa la clase obrera se ha convertido en la clase más dinámica en el proceso de la lucha de clases, a diferencia de otras etapas en las que ese papel lo cumplían otros sectores proletarios.

Ello en sí mismo significa un cambio, algo que antes no existía ni ocurría, y se da por una acumulación de cambios, una acumulación de experiencias de lucha que no se manifestaban como se manifiestan ahora. Y en el proceso general, que la clase obrera se convierta en el sector más dinámico, implica un cambio en lo cualitativo aun cuando sigamos caracterizando a la etapa como de resistencia.

Esto quiere decir que la acumulación de cambios cuantitativos, en el curso del movimiento permanente de la materia, genera pequeños saltos cualitativos y, a su vez, esos saltos aportan a que el movimiento siga adelante en una nueva acumulación cuantitativa.

Volviendo al pequeño ejemplo de la sección de la empresa, si luego de pasar de la reacción individual a la colectiva pasamos a una pequeña organización que se proponga la independencia política, la práctica asamblearia para la resolución de los reclamos, estaremos en presencia de un cambio en la calidad de esa experiencia. Incluso cuando la misma tenga sus altibajos, persistan las dificultades para la organización. Porque estamos hablando de esos pequeños cambios cualitativos, pero no de un cambio en la calidad del proceso general.

La clase obrera sigue en resistencia en el movimiento general y ese movimiento están en cambio constante; esos pequeños saltos cualitativos se convierten en una acumulación cuantitativa que hará que en determinado momento la resistencia pase a otra calidad de enfrentamiento.

Queremos decir que en la relación dialéctica entre cantidad y calidad ambos polos se retroalimentan. No existe un movimiento unidireccional; la cantidad determina la calidad y ésta, una vez producida, determina una nueva acumulación desde otro escalón del enfrentamiento.

En el transcurso de los hechos se desarrolla un proceso de transformación de un fenómeno determinado (en este caso el proceso de resistencia) que se manifiesta en un estadio más elevado que, al mismo tiempo, expresa rasgos del estadio inferior.

Por lo tanto, este modo de analizar la realidad nos

ayuda a entender los fenómenos en toda su 9 complejidad y no analizarlos sólo parcialmente, lo que nos lleva a conclusiones sesgadas o erróneas.

Volviendo a la ley de la cantidad y la calidad, al tener en cuenta la concatenación de ambos polos, su interrelación e influencia de una sobre la otra, nos permite despojarnos de dos concepciones que la burguesía alimenta.

Una, la teoría de la evolución. La dialéctica no niega la evolución pero, a diferencia de los metafísicos, que ven dicha evolución sin salto alguno, sólo como una sucesión de cambios cuantitativos, afirma que esos cambios cuantitativos producen los saltos cualitativos que determinan el avance hacia nuevas situaciones.

Esto, aplicado a la lucha de clases, significa una lucha abierta contra el reformismo que niega la lucha revolucionaria y sólo aspira a cambios parciales sin tocar las bases del modo de producción capitalista.

La otra es la de quienes niegan lo cuantitativo y sólo ven los saltos cualitativos, sin acumulación cuantitativa alguna.

Es ésta una concepción idealista, que niega las labores imprescindibles a realizar en el seno de la clase de vanguardia para que esos saltos se produzcan y terminan en la búsqueda de atajos que no llevan a ninguna parte más que a la frustración.

Estos enfoques son unilaterales.

El materialismo dialéctico nos permite comprender la relación entre la evolución y la revolución, ver el proceso en constante desarrollo, para definir en cada momento las tareas indelegables a cumplir.

Los cambios cuantitativos, su acumulación, son la evolución hacia los saltos cualitativos. Y éstos determinan una nueva etapa en el desarrollo, un nuevo escalón desde donde seguir acumulando.

Lo que debemos tener en cuenta, en definitiva, es que esos procesos son generales y particulares.

Que la experiencia de una lucha acumula en la lucha general hacia un cambio en la calidad de la misma pero esa calidad, al mismo tiempo, se va manifestando de forma parcial en los avances de las distintas experiencias aun cuando el proceso general no produzca un salto.

Sin embargo, ese salto será posible como resultado de la acumulación de cambios cuantitativos y cualitativos pequeños, esos que se producen cotidianamente y a veces son imperceptibles, lo que nos debe dar la fortaleza y la convicción sobre las tareas a realizar en cada momento determinado, aunque los "resultados generales" no expresen todavía una calidad diferente.

Esto está lejos, muy lejos, de un determinismo abstracto; se trata de confiar en base a la realización de las labores revolucionarias, las que son imprescindibles para dotar al proceso de una dirección a favor de los intereses históricos de la clase obrera. ★

# LAS CONDICIONES PSÍQUICAS Y LA LUCHA DE CLASES EN LA ÉPOCA ACTUAL

*“La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.” (del Manifiesto Comunista)*

**S**abemos que el Estado, en tanto organismo de dominación de clase, está conformado por una serie de instituciones, siendo él mismo una institución.

A su vez, estas instituciones funcionan en virtud de la existencia de innumerables dispositivos, discursivos y no discursivos, y es a través del funcionamiento de estas instituciones que el Estado utiliza sus aparatos represivos, (y todos sus recursos) al servicio de la clase que ejerce la dominación. La cuestión central, entonces, que debemos discutir, pasa a ser la del ejercicio del poder. Las redes del poder se interconectan, atraviesan el conjunto de la malla social, transmiten los mismos mensajes, las ideas de la clase dominante, a través de esos dispositivos que encontramos en las instituciones.

El Estado cumple una función esencial ya que domina el resorte, justamente, de los aparatos represivos más eficaces: la policía, el aparato judicial, la legislación, el ejército, las medidas administrativas, (es decir la burocracia), todo lo cual se usa en contra de los trabajadores y el pueblo.

Hablamos de la potencia del Estado, y no en vano sostenemos que los Estados son piezas esenciales del capital monopolista, por eso hablamos y caracterizamos la etapa actual del sistema como la de un capitalismo monopolista de Estado. Las manifestaciones de su poder son, digamos, casi infinitas.

Hablamos del poder de represión, pero también tenemos que referirnos a su poder ideológico: el Estado transmite ideología, la ideología de la clase dominante, la burguesía.

Y la transmite a través de esas redes del poder que se van entretejiendo en todos los vínculos sociales, institucionales, familiares, escolares, redes que poseen un alcance totalizador. La educación, por ejemplo, la educación oficial, tanto pública como privada, se constituye en un claro ejemplo del poder del Estado; éste transmite un saber, por intermedio de un conjunto de dispositivos que se utilizan en la escuela, en el secundario, en el terciario, en la Universidad. Ese saber repite el fragmento o los fragmentos discursivos que resultan necesarios para que la sociedad funcione de una determinada manera, en virtud de las relaciones de producción que en esa sociedad están establecidas, y que funcionan de manera dinámica: la dinámica de la lucha de clases.

El saber transmitido apunta a garantizar la opresión y la explotación de una clase sobre la otra. ("formando" mano de obra barata, esclavitud asalariada).

Pero el poder del Estado (en virtud de aquella dinámica) no es omnímodo; la clase oprimida y explotada también construye y ejerce un poder, que se opone al poder del Estado y de los intereses que éste defiende.

El saber que se transmite a través del sistema educativo, podrá ser más o menos moralista, más o menos tolerante, podrá estar aggiornato a una época determinada, pero nunca va a ir más allá de su objetivo fundamental, que es el de transmitir la ideología de la clase dominante. Lo fundamental está en el núcleo de esa transmisión de saber.

Y el texto grabado a fuego en el núcleo sostiene con vigor que lo más importante que se debe aprender en la escuela es que el orden establecido no debe modificarse. Es decir, mientras la clase dominante ejerce su control y su dominación, todo lo que se enseñe, todo el saber contenido en diversidad de dispositivos discursivos y no discursivos, va a repetir los mismos fragmentos, los mismos movimientos, las mismas consignas que, por más vueltas que le demos al asunto, apuntan siempre a lo mismo: el obrero es obrero, el asalariado es el asalariado, y las condiciones de vida son éstas.

Pero prestemos atención. Aquí no hay que confundirse: porque el proceso educativo es dinámico. (al igual que la lucha de clases). Es decir, la intención de sostener una linealidad repetitiva está presente en ese discurso "oficial", pero también es cierto que el sujeto (entendido en tanto individuo y no como sujeto social), partiendo de ciertas herramientas que ese discurso brinda sin quererlo, construye un saber alternativo, diferente, que no responde punto por punto al propósito original, el propósito de lo que podemos llamar la máquina cultural. ¿Cuál es su ideal? Que el sistema jamás sea puesto en cuestión. Que el orden establecido no sea alterado de ningún modo. Que la máquina funcione a la perfección, y que la escuela transmita el saber necesario para que los sujetos se conviertan en engranajes de la máquina cultural.

Pero eso es imposible. La cuestión es que el sujeto que aprende, y por ende la sociedad en la que se mueve, encuentra grietas generadas por las condiciones de la lucha de clases.

Y también es cierto que, en este aspecto, debemos nuevamente realizar el esfuerzo de no caer en la confusión: no creer, por ejemplo, que el sistema oficial nos brinda herramientas para la transformación social de modo sincero, desinteresado, apolítico; creer, por ejemplo, que cuando nos enseñan acerca de los derechos humanos (y nos referimos claramente a la enseñanza burguesa) realmente están preocupados porque esos derechos sean ejercidos.

Muchas veces, estos elementos "progresistas" que se incorporan a la educación no son más que barreras para contener un eventual proceso revolucionario. Ese es el gran temor de la clase dominante, y por ello prefiere que el pueblo pelee por sus derechos, (lo cual por supuesto resulta muchas veces necesario desde el punto de vista de la clase explotada) antes que de que se organice para tomar el poder. En este sentido, el sistema puede tolerar la protesta, el cuestionamiento, el reclamo "humanista", pero jamás va a tolerar la revolución.

Nos hemos referido a la incidencia del sistema educativo (en términos generales) y la familia, desde ya, es parte de ese sistema, ya que se constituye en instancia de transmisión de valores, ideas, saberes, concepciones del mundo, que han sido en definitiva adquiridas en la escuela e inculcadas por los medios de comunicación.

Pero no perdamos de vista algo fundamental: existe el saber obrero, el saber de la clase, no es unidireccional el mecanismo que propone la burguesía para sostener su dominación. Justamente, si así fuera, no existiría la lucha de clases, la lucha por el poder.

La cuestión central es la de qué grado de organización va adquiriendo la clase desposeída, que marcha al ritmo de la elevación de la conciencia de clase.

Pero, el capitalismo cuenta con una herramienta interesante, novedosa en la historia de la humanidad, que hasta ahora le viene funcionando muy bien: se llama la axiomática.

Es una especie de cifrado, de cálculo que le permite ir agregando elementos aparentemente disruptivos que, gracias a ese mecanismo, terminan siendo incorporados a la lógica general del sentido.

Y así, la máquina cultural del sistema, que aparentemente parece ser afectada por algo, vuelve a echar a andar.

12 Esto permite, por ejemplo, que ciertos partidos políticos que pudieron sostener de manera legítima sus banderas revolucionarias, terminen en claras posiciones reformistas. Existen montones de ejemplos. En el Manifiesto Comunista se señala:

*“La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones incommovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.”*

Por lo tanto, esa dinámica (que se asienta en los procesos de cambios que se operan en la base material de la sociedad) le permite al sistema y a la clase en el poder “jugar” con esta axiomática, transformando lo aparentemente revolucionario en algo que en definitiva termina siendo absorbido por el discurso oficial, acomodado, es decir, se adiciona como un elemento más que, al fin de cuentas, no conmueve en nada al funcionamiento general. Pero, nada es para siempre, y ese mecanismo tampoco es eterno.

Por ejemplo, puede haber una manifestación y un reclamo referido a las condiciones de las prisiones: la máquina cultural va a llevar ese reclamo al terreno del humanismo y posiblemente esas condiciones sean mejoradas.

Pero jamás va a tolerar que se ponga en cuestión la existencia misma de la prisión, porque eso sería ya parte de un movimiento revolucionario. Siempre el sistema va a apuntar a lo mismo, a transformar y reabsorber cualquier proceso instituyente, hacerlo funcionar en la lógica de lo instituido.

Pero si esto no fallara, no podría jamás existir un proceso revolucionario. Estamos hablando de las condiciones psíquicas, de las disposiciones que operan en nuestro pensamiento, de la lucha interna que nos atraviesa, y que es también condición necesaria para que aquél proceso se desarrolle y triunfe. Esto que aquí estamos tratando forma parte de las condiciones subjetivas.

¿Qué se le ha escapado ahí al sistema para que haya “pasado” esta falla?

Es que existe un proceso subjetivo, algo que se opone a la hegemonía del discurso impuesto, una construcción del pensamiento que puede elaborar y transformar herramientas ya existentes, y crear otras nuevas, y dirigir las hacia otro lugar.

Desde ya, no se trata de una transformación aislada, porque somos seres gregarios, sociales, y todo proceso de cambio social es colectivo, por más que pueda explicarse pensándolo desde el individuo y su condición de sujeto.

Si el desarrollo cognitivo depende, como sabemos, de las relaciones sociales, si el aprendizaje es un proceso social, también es cierto que el sujeto no es un mero receptor de contenidos que repite el discurso establecido.

Hay una apropiación y una transformación que, desde el aprendizaje social, construye al sujeto individual en ese mismo recorrido. Es decir, puede ocurrir lo contrario de lo que se propone la máquina cultural (es decir, que el sujeto se transforme en un reproductor del discurso que sostiene el sistema).

Porque la tendencia del sistema es la de sostener el funcionamiento del orden de cosas tal que las relaciones de dominación no se alteren. Que a nadie se le ocurra disputarle el poder a la clase dominante.

Ese es el discurso y el mensaje que se debe sostener para que la máquina capitalista funcione, y eso es lo que hace la familia, la escuela, la fábrica.

Todo lo demás está constituido por las hipótesis y los recursos lingüísticos que pueden ser de lo más sofisticados, hasta pueden ser contestatarios. Pero si miramos bien (y para mirar bien tenemos que determinar de dónde proviene ese discurso que estamos analizando) detrás de toda esa parafernalia, se oculta la repetición de lo mismo.

Pero el poder del Estado no es el único que existe (entiéndase, nos referimos al poder del Estado en tanto organismo de dominación de clase, por lo tanto, hablamos del poder de la clase dominante).

El poder tiene su contrapartida en el contrapoder, en el poder que construye o va construyendo el enemigo de clase: es el poder de la clase obrera, que también desarrolla su ideología, sus construcciones discursivas y no discursivas, sus instituciones.

Tenemos ahí, entonces, un enfrentamiento de poderes. Lo que ocurre, es que el poder de la clase dominante, por el hecho de serlo, resulta mucho más efectivo, mucho más desarrollado, mucho más potente que aquél construido y ejercido por la clase oprimida y explotada.

Y esto resulta así, sencillamente, porque la burguesía es la dueña de los medios de producción, y los trabajadores no tenemos nada, nada más que nuestra fuerza de trabajo, y estamos obligados a vendérsela a los patrones.

Por supuesto, la burguesía cuenta con el Estado: maneja enormes recursos y resortes para construir infinidad de redes sociales, culturales, discursivas y no discursivas.

Como ya dijimos, elabora los programas educativos, posee las fuerzas represivas, tiene los recursos económicos ya que son manejados por las grandes corporaciones. Una de las claves es la del control ideológico, que recurre en especial a la utilización de los dispositivos discursivos: escuela, y medios de comunicación masiva.

Esto es fundamental. Porque la escuela y los medios son los canales a través de los cuales la clase dominante impregna a la sociedad de su discurso, que pretende ser hegemónico. El objetivo fundamental, a quien se dirige la acción de esos dispositivos, es la familia. La familia toma esos discursos y los replica a la manera de un contrato social: yo repito (de manera inconsciente) toda una serie de fragmentos de discurso, (la ideología de la clase dominante) y a cambio obtengo un lugar en el entramado social, en suma, un puesto de trabajo, un lugar en el funcionamiento del sistema.

Algunos autores llaman a esto Contrato Narcisista, pero esos análisis están alejados del contexto de la lucha de clases.

Y eso no es casual.

En esos análisis, se insinúa la idea de que, si no soy parte, si no firmo, digamos, ese contrato, si no acepto repetir el mismo mensaje para que la familia reproduzca un determinado orden social, quedo por fuera del juego.

Es decir, no obtengo mi lugar. ¿Y qué ocurre si no obtengo mi lugar? Me transformo en un marginal, un paria, un don nadie, o puedo llegar también a enfermar. Enfermar psicológicamente. (psicosis, depresiones severas, trastornos graves del pensamiento). Esto es lo que pasa cuando los autores, los especialistas, están absolutamente colonizados en su desarrollo intelectual.

Sus conceptos tienen un límite, impuesto por el sistema de dominación: en el caso recién citado, o respeto el contrato narcisista, o me vuelvo loco o marginal. No se contempla la idea de que, por ejemplo, desde mi lugar de explotado y oprimido, pueda mi vida tener otro destino, mancomunado con los intereses de sujetos que se encuentren en similar posición.

Y, sin embargo, la revolución socialista no la van a hacer los marginales, los dejados a un costado del camino; la van a hacer los trabajadores y el pueblo, con el protagonismo esencial de lo más avanzado de la clase. Y, además, tiene que existir un Partido Revolucionario. (destacamento de la vanguardia de la clase).

Por lo tanto, deben darse toda una serie de condiciones para que la clase explotada, bajo la dirección política del Partido, sea la protagonista del proceso revolucionario, en el contexto del ya elevado nivel de enfrentamiento en la lucha de clases.

Así es que la clase obrera y el pueblo deciden (es solo una forma de expresión) romper, pero esta vez de manera masiva, el contrato social ofrecido por el discurso oficial, el de la educación, el de la cultura dominantes, el que encuentra su fuente en el sistema de explotación, en las relaciones de producción capitalistas.

Volvamos un minuto a la cuestión de los marginales, de los excluidos, para los cuales por supuesto, el Estado de la burguesía ha construido sus instituciones. (Porque algo tenían que hacer con la marginalidad, con los caídos del sistema).

Sabemos muy bien, por ejemplo, que los hospitales psiquiátricos, los hospicios, son un invento del sistema capitalista de producción. Lo mismo podemos decir de las cárceles, entendidas como lugares para cumplir un castigo, medido en tiempo.

Antes del siglo XVIII, no había lugares de internamiento para los llamados enfermos mentales. No había tratamientos. Se dirá, las ciencias humanas avanzaron y encontraron los métodos para contener y tratar enfermedades que existían desde siempre.

Más bien, las ciencias humanas se fueron desarrollando al ritmo de las máquinas industriales y el acre-

14 centamiento del capital, y se transformaron en nuevos saberes y dispositivos de intervención y control social.

La psiquiatría, el higienismo, la psicología, la sociología, la pedagogía, se encuentran en esa larga lista de saberes nacidos en los siglos XVII y XVIII, de la mano de los avances primero de las ciencias de la naturaleza, aventados luego por el iluminismo y la firmeza de la voluntad racional, preparando el camino para la Revolución Francesa (una de las tantas revoluciones burguesas), bandera de las libertades y los derechos del hombre y el ciudadano, necesidad imperiosa de la burguesía para justificar la libertad de negocios y la explotación del hombre por el hombre.

Queremos decir con esto que las instituciones y las disciplinas destinadas al "tratamiento" de estas condiciones humanas de la marginalidad, fueron y son herramientas necesarias del naciente Estado de la burguesía, para aislar, contener y controlar a estos elementos sociales que circulan por fuera de la órbita de la producción.

Sin embargo, hay que decirlo, esas instituciones y disciplinas justifican también enormes presupuestos en salud, en educación, ahí se enseña y se entrena al "capital humano" destinado a ejercer esa función de control social mencionada antes, y no solo destinada a la marginalidad.

Seguimos, entonces refiriéndonos a la cuestión del Estado y sus dispositivos de poder. Nos detenemos en uno en especial, ya que estuvimos hablando de trastornos psíquicos: nos referimos a ese control social que se ejerce sobre cada uno de nosotros y que se asienta en las funciones de lo que llamamos el superyó. Vamos a intentar expresarnos con claridad, ya que la idea es que el escrito sea comprensible para el lego; el experto sabrá aplicar su indulgencia.

El Estado burgués es inteligente. La clase dominante está atravesando una crisis política sin precedentes, que es en definitiva la crisis terminal del capitalismo mundial, pero sabe hacer las cosas.

En lo que hace al control, la manipulación y la dominación de las conciencias, lleva siglos de entrenamiento sistemático, en consonancia con el desarrollo de las ciencias humanas, como ya se ha señalado. Desde el punto de vista de la lucha de clases, y en perspectiva

con la cuestión de la ideología, las prácticas discursivas en particular resultan de importancia vital para lograr esa dominación.

El objetivo general es claro, y el mismo para todos los niveles en los que se desarrolla esta lucha: desde la mirada de la clase dominante, se persigue el objetivo de mantener la propiedad privada de los medios de producción, de obtener el nivel de productividad necesario para contener la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, sostener la explotación de manera tal que termine siendo aceptada por el conjunto social.

Naturalmente, esto no quiere decir que su gestión sea siempre exitosa. (la lucha de clases es más o menos visible, más o menos violenta, pero inevitable: hoy atravesamos una etapa de resistencia activa. En el uso de las prácticas discursivas, el papel que juegan los medios de comunicación masiva es esencial. Lo mismo podemos aseverar del sistema educativo.

Pero también podemos hallar los rastros de esta intervención vigilante en otros espacios de control: los discursos referidos al cuidado de la salud, particularmente en lo atinente a la salud mental tanto para el individuo como para las poblaciones. Control de las poblaciones, control del individuo.

Por ejemplo, en el siglo XVIII y en especial en su segunda mitad, la cuestión de la sexualidad en la adolescencia y en el niño se transformó en un tema de Estado.

Se termina aceptando la existencia de la sexualidad infantil, pero se condena la masturbación por considerarse una práctica nociva para la salud y la mente de niños y adolescentes.

Entonces, se comienza a vigilar la práctica masturbatoria en las salas clínicas, aparece el tema en el discurso oficial referido a la salud, y en especial en los colegios, la sexualidad adolescente se transforma en un problema digamos médico, susceptible de intervención.

Es una forma de controlar los cuerpos, los individuos. Pero lo que debemos entender es que en realidad el control de la sexualidad, que pasa a ser una preocupación de la salud pública, es en realidad el camino, la vía regia de acceso al sujeto, en tanto de ese modo se lo puede vigilar. De este modo, la sexualidad pasa a constituirse en instrumento para disciplinar. Esto es lo importante. Y si las cosas se salen de curso, aparece la intervención del especialista: el médico psiquiatra, el psicólogo.

Se trata solo de un ejemplo, pero es un ejemplo importante. La vigilancia, el control, la dominación, apuntan a evitar el desmadre, el desborde social, el clima revolucionario.

Es decir que se trata de técnicas que atentan de manera directa contra una parte importante de lo que podemos llamar las condiciones subjetivas (completamente necesarias) para que se desarrolle un proceso revolucionario.

Así, debemos entender que el Estado y sus instituciones saben muy bien aprovecharse de la constitución psíquica del sujeto para vigilarlo mejor.

Y para vigilar y controlar a la población utiliza sus herramientas, siendo la privilegiada de ellas, como venimos señalando, la de la educación. En la escuela burguesa se forma el obrero, y se vigila al niño. Volvemos con esto a la función del superyó.

Tratemos entonces, para beneplácito del lego y horror del especialista, de colocar algunas palabras al respecto. En términos psicoanalíticos, el superyó es una instancia psíquica que Freud describe cuando desarrolla la segunda tópica del aparato psíquico (1).

Se forma luego del complejo de Edipo, y contiene dentro de sí las exigencias parentales y toda una serie de prohibiciones que vigilan y censuran al yo del sujeto de manera permanente.

Entiéndase, estamos tratando de ser lo más didácticos posible, ya que estos conceptos no pueden aprehenderse con tanta facilidad.

El superyó vigila al yo para que éste no ceda a la tentación de los deseos prohibidos. Por lo tanto, podemos decir que cada uno de nosotros lleva incorporada, como diría Freud, una especie de guarnición militar en la ciudad conquistada. ¿Qué mejor vigilancia que aquella que podemos ejercer sobre nosotros mismos?

Por supuesto, en general el superyó colabora para que el yo reprima aquellas representaciones que son portadoras de mociones pulsionales que se constituyen en exigencias para el yo, que tienden a elevar su nivel de intensidad para que éste acceda al cumplimiento de esos deseos reprimidos.

Pero, sucede que el yo sólo puede soportar ciertos niveles de excitación, de carga energética podemos decir, pasado el cual el placer se transforma en displacer.

Y no se puede transgredir el principio 15 del placer (que consiste en mantener lo más bajo posible el nivel de excitación dentro del yo).

El discurso social dominante, decíamos, se vale de esta debilidad de la constitución psíquica. La utiliza a su favor para mantener los deseos (y no sólo los sexuales) del sujeto a raya.

Es que los deseos pueden llegar a ser realmente muy peligrosos para la estabilidad del conjunto social y los intereses de la máquina cultural. El superyó se vale de una herramienta muy peculiar: el sentimiento de culpa.

El deseo es inconsciente e indestructible, pero cuando el yo percibe algo del orden de una representación psíquica que es portadora de algo del orden del deseo, da la señal de angustia y se activa la represión. Por lo tanto, la resultante de todo esto es la neurosis y la formación de sus síntomas (obsesiones, depresión, ataques de pánico, somatizaciones).

La cultura utiliza a su favor el funcionamiento del aparato psíquico, trabajando sobre el sentimiento inconsciente de culpa. El superyó es un gendarme a través del cual introducimos los mandamientos de la máquina cultural.

A esta solo le interesan el orden y la regularidad, la repetición de lo mismo, en todos los terrenos: económico, social, familiar. Funciona como una máquina, de la cual los sujetos somos sus engranajes.

Pero existe la lucha de clases, que se opone de manera firme a los intereses de la cultura tal y como esta se manifiesta desde los inicios del modo de producción capitalista.

Es a partir de este descubrimiento que podemos repensar los espacios terapéuticos: no ya como recursos y mecanismos que replican el control social para que los sujetos funcionen al modo que le conviene al sistema, sino como herramienta de liberación que oriente hacia la toma de conciencia, hacia el descubrimiento de este mecanismo de control que tenemos interiorizado, no sólo para deshacer los síntomas y rectificar la posición del sujeto en relación a su neurosis, sino también para correr el velo a este mecanismo de control y dominación que lo ubica como agente de repetición de los intereses de la cultura. Digamos que la terapia debiera ayudar a descubrir el "polo revolucionario" del aparato psíquico.



Quizá la terapia del futuro se pueda transformar en este sentido, en una herramienta de liberación. Lo mismo podríamos decir del sistema educativo: educación para la revolución, en el más amplio de los sentidos.

Pero para rehacer el sistema educativo, debemos primero educarnos los educadores. Pasar por el proceso de la toma de conciencia de lo que hacemos como agentes más o menos inconscientes de reproducción del sistema que impone la máquina cultural, y trabajar para que el proceso educativo favorezca por parte del sujeto una apropiación de herramientas que horaden la piedra, pequeñas piquetas que agujereen la pared del saber instituido, pero no para dar la vuelta y terminar en el mismo lugar (humanismo, reformismo, economicismo, progresismo) sino para transformar al conjunto de la sociedad, con otros y en el marco del aprendizaje social.

En este sentido, el papel de los y las educadoras resulta fundamental. Lo mismo podríamos decir de casi todas las ciencias humanas. Particularmente las que se dedican a la salud mental ya que, si realmente queremos que los espacios terapéuticos dejen de ser instrumentos de control social, debemos repensar los tratamientos y la escucha, acompañar el trabajo subjetivo de elevación de la conciencia de clase, y ayudar a comprender que millones de explotados y oprimidos, nuestros compañeros de trabajo, de estudio, de la vida, padecen y sufren la intervención permanente de esas instituciones que persisten en mantener nuestro aislamiento y nuestro temple revolucionario a raya.

Detrás de la represión de cada deseo, detrás de cada síntoma y del padecimiento que conlleva para el sujeto, existe un nivel más profundo, un mecanismo psíquico que se empeña en ocultar nuestro lugar como sujetos sociales, afectados por el accionar del superyó cultural.

Indudablemente, ese mecanismo brinda servicios enormes a los intereses de la burguesía.

Deberíamos tener esto presente las y los trabajadores de las llamadas ciencias humanas (educadores/as, terapeutas, sociólogos/as, etc.) en todos los espacios en los que nos toca trabajar con nuestros compañeros y compañeras de clase. Para transformarlos en espacios de rebelión. ★

---

***(1) Si bien persiste el debate sobre la complementariedad de las concepciones marxistas y freudianas, es sumamente útil a los fines del presente artículo el uso de los conceptos estudiados por el médico austríaco.***

Debemos entender que el Estado y sus instituciones saben muy bien aprovecharse de la constitución psíquica del sujeto para vigilarlo mejor.

Y para vigilar y controlar a la población utiliza sus herramientas, siendo la privilegiada de ellas (como lo venimos señalando) la de la educación. En la escuela burguesa se forma el obrero, y se vigila al niño.